

Óscar Contardo

# Clase media

Un mito a la medida

PAIDÓS



La categoría “clase media” es una etiqueta sospechosamente amplia, un cajón de sastre en donde parece caber de todo. También es una identidad difusa, borroneada, a la que adhiere tanta gente que acaba transformándose en una pertenencia vaga e inexacta, si se desmenuza en las cifras y a la luz de la historia. Invocarla en los discursos políticos suele revelar más una aspiración ilusoria que una realidad.

Sebastián Piñera solía presentarse a sí mismo como una persona perteneciente a la clase media chilena. Lo sostenía durante las campañas políticas que lo llevaron a la presidencia y mientras ejerció como primer mandatario, en entrevistas y en reuniones con gremios o partidarios, sin que nadie lo contradijera. Lo decía como si fuera un dato de la causa que él reafirmaba, exhibiendo una vida familiar frugal y sencilla y recordando que su padre había sido un “simple funcionario público”. Piñera figuraba hacía varias décadas como uno de los hombres más ricos de

Chile, con una fortuna tan contundente que era incluida en las listas de los magnates más acaudalados del planeta. Era cierto que ese patrimonio había sido amasado por él; es decir, no se trataba del heredero de una gran riqueza antigua, pero aún despojándolo del dinero que había logrado en sus negocios, resultaba muy poco preciso situar su posición social en las coordenadas de la clase media local: efectivamente su padre había trabajado como funcionario público, pero no uno cualquiera, sino como diplomático. José Piñera Carvallo había sido un político destacado dentro de un partido, la Democracia Cristiana, que además lo contaba entre sus fundadores, por lo tanto, mucho más que un simple funcionario —y aunque viviera de su sueldo—, tenía el respaldo que brinda una red familiar y de contactos habituales entre quienes crecen en ambientes privilegiados. Aun más, las raíces del árbol genealógico de la familia Piñera se hunden en la Colonia como parte de los clanes fundadores del país que habían mantenido en la república cierta importancia. Durante las primeras décadas del siglo XX, el lapso en el que surge aquello llamado clase media chilena, los abuelos paternos de Sebastián Piñera se habían mudado a vivir a Francia, donde nacieron el padre y los tíos

del expresidente. Naturalmente, no era algo habitual que las familias de clase media latinoamericanas de principios del siglo XX se permitieran residir un par de décadas en París llevándose incluso a la empleada de la familia con ellos.

Por el lado materno, Echenique, el entonces candidato estaba emparentado con la llamada “aristocracia castellano-vasca” local, extendiendo sus parentescos y sus vínculos sociales hacia un ámbito clausurado para las personas ajenas a la clase alta. Sebastián Piñera, además, cursó sus estudios escolares en un colegio de elite santiaguina, los superiores en una universidad de elite nacional, y luego un posgrado en Harvard, una institución de elite norteamericana. Todo eso ocurría en años en que menos del cinco por ciento de la población chilena accedía a estudios universitarios. Obviamente, era una situación que él no había elegido, simplemente había nacido, como todo el mundo, en un determinado ambiente, que en este caso lo ponía en ventaja respecto de la mayoría. Sin embargo, Sebastián Piñera repetía que él era parte de la clase media chilena. ¿Qué razones tenía para hacerlo? Tal vez como candidato quiso identificarse con ese grupo social porque así lograba resguardarse del juicio externo sobre un ori-

gen privilegiado. Es algo que ocurre en situaciones determinadas, como cuando alguien debe responder una encuesta. Frente a un encuestador anónimo, las personas de clase alta evitan identificarse como tales, tal vez por pudor o por la comodidad de situarse en el medio, evitando los extremos. Para los más ricos, sobre todo aquellos que viven en sociedades muy desiguales, considerarse públicamente como parte de los segmentos medios –más si están en campaña política–, puede ser una manera de esquivar la culpa y el juicio ajeno sobre los cimientos que sostienen su buena fortuna. Fingir una cuota de humildad es lo más astuto en ocasiones determinadas.

Algo similar, pero a la inversa, ocurre entre las personas más pobres: la etiqueta “clase baja” significa enfrentarse a su propia realidad de desventajas y humillaciones, además en un país como el nuestro siempre habrá alguien que sobreviva en aún peores condiciones y a quien le queda mejor la etiqueta “clase baja”. Disimular en frente de extraños –encuestadores, funcionarios, votantes potenciales– puede ser una estrategia para pasar inadvertido.

Adherir a la etiqueta “clase media” resulta un gesto cómodo, inofensivo y fácil de ejecutar en países donde ese sector, el de quienes

no son pobres ni ricos, carece de una identidad clara, fronteras nítidas o una historia bien asentada. La expresión “clase media”, además, tiene una carga semántica amable, inofensiva para efectos de invocarla en público, muy diferente a las expresiones “clase alta” o “clase baja”, fórmulas desde las que se asoman las espinosas ideas de Marx, evocando automáticamente conceptos aún más incómodos como “burguesía”, “proletariado”, “clase trabajadora” y “explotación social”, un vocabulario que en Chile se fue diluyendo durante la dictadura y que en adelante sería evitado por informes oficiales, encuestadores y encuestados.

Cuando Piñera se confesaba como un hombre de “clase media”, lo hacía, además, condicionado por su rol de candidato, buscando presentarse como uno más de muchos chilenos y chilenas, en el supuesto de que las personas pertenecientes a ese grupo eran la mayoría de la población, un argumento que no pocos daban como un hecho de la causa, al menos hasta octubre de 2019. Que la clase media era un grupo mayoritario fue el relato durante las últimas décadas desde el retorno a la democracia. La prosperidad económica alcanzada en la década de los noventa reafirmó la idea de que era un grupo en expansión,

difícil de caracterizar en sus rasgos particulares más allá de hábitos de compra, pero con tendencia a representar a la mayoría. El principal indicador que respaldaba esta percepción era la masificación del consumo, y la máxima expresión simbólica de este auge durante ese período fue el éxito que tuvieron los grandes centros comerciales instalados en los nuevos barrios de los suburbios de la capital, específicamente en La Florida y Maipú. Hasta 1991 los primeros edificios de los llamados *mall* en Chile se habían levantado en los barrios más acomodados de la capital: eran un asunto restringido al segmento más cercano a la cúspide social. A partir de 1992 eso cambió con el éxito Plaza Vespucio. “Clase media” sería el primer y mejor ejemplo de grandes centros comerciales abarrotados de visitantes, automotoras que prometían la comodidad de un auto del año a precio asequible y proyectos inmobiliarios anunciados en los diarios como se avisa un electrodoméstico, con nombres de fantasía en los nuevos suburbios de Santiago y de las ciudades más grandes de provincia. Tal como escribiría Pedro Lemebel en una de sus crónicas, estas eran nuevas viviendas “para oficinistas, profesionales, *yuppies* y profesores que refundaron estas pampas con los vicios pe-

queñoburgueses de una nueva clase social. Mejor dicho, la poblaron con estatus medio pelo de la copia ricachona, pero todo en chiquitito”. Paños de terrenos urbanizables, dispuestos para hacer negocio, pero escasamente equipados para el tránsito de tantos autos comprados a cuotas que comenzaban a copar las viejas avenidas. Nuevos barrios dormitorio desconectados del transporte público, sin parques, ni escuelas, ni hospitales y, en ocasiones, sin desagües apropiados, ni calles pavimentadas, ni veredas bien dispuestas. Un imperio de lo inacabado, fragmentario y urbanamente inarmónico que la clase dirigente tendía a pasar por alto, porque prefería congratularse por el ascenso de un grupo nuevo que abrazaba los valores asociados al proyecto de modernidad en ciernes.

La elite de clase alta contemplaba satisfecha desde lejos; desde la distancia todo parecía mejor. Esa es la razón para que la percepción de las condiciones de vida de esa llamada nueva clase media, que emergió desde el primer lustro de la transición democrática, estuviera tan distorsionada desde las alturas, como quedó de manifiesto en tantas declaraciones públicas anteriores y posteriores al estallido de octubre de 2019. Un ejemplo nítido ocurrió en agosto de 2018, cuando